

# Un nuevo corazón y un nuevo espíritu

EN TUS MANOS | *Arzobispo Robert G. Casey*

Considere la tumba. Piense en un espacio estrecho y cerrado sin el aire fresco de un nuevo día.

Considere la oscuridad fría y estancada de ese espacio, sin la posibilidad de ver la primera luz del amanecer. Piense en el silencio sin vida que le rodea, sin esperanza de poder escuchar el canto de los pájaros y el parloteo de la creación al amanecer.

Reflexionar sobre la noción de ser sepultado después de la muerte podría brindarnos una perspectiva sobre el estado actual de nuestra vida en la tierra. Porque sabemos que de vez en cuando en la vida podemos sentirnos sin vida, descorazonados y sin esperanza. Podemos encontrarnos solos, aislados de los demás y del mundo que nos rodea, y confinados a respirar únicamente el aire estancado de nuestro triste estado de vida o del desafortunado estado del mundo.

¿Cómo podemos liberarnos de esos momentos sepulcrales de la vida? Una oportunidad se presenta en la Misa, cuando rezamos el Confiteor (“Yo confieso...”) y buscamos el amor y la misericordia de Dios para aquellos momentos en que nos hemos sentido restringidos, aislados y encerrados a causa de nuestros pensamientos y nuestras palabras, de nuestras obras y nuestras omisiones. El aire viciado por el pecado y la tristeza debe ser reemplazado por el aire fresco de un nuevo día y una vida renovada.

Sin embargo, a menudo descubrimos una gran piedra fija entre nosotros y el aire fresco que anhelamos respirar. Esa piedra, obstinada e inamovible, nos impide relacionarnos con el mundo que nos rodea de formas saludables y vivificantes. Esa piedra nos impide unirnos al canto de la creación al amanecer de

un nuevo día. Si esperamos abrazar el llamado de Cristo al discipulado, debemos sacar esa piedra molesta del camino.

Es absolutamente imposible para nosotros quitar la piedra por nuestros propios medios. Sin embargo, lo que puede ser imposible para nosotros no es imposible para Dios. La nueva vida que anhelamos, la posibilidad de tener relaciones renovadas y el potencial de transformar nuestro mundo cansado y renovar la creación de Dios, todo se hace posible cuando nos entregamos a Dios.

Nuestro Dios es un Dios grandioso, que no nos abandona en la oscuridad del sepulcro, sino que nos libera de sus confines. Vemos esto claramente en la historia de Jesús que proclamamos cada Pascua.

Después de tanto dolor y tristeza, el cuerpo de Jesús fue colocado en una tumba. El Hijo de Dios se entregó a la muerte y sucumbió a la oscuridad y al silencio del sepulcro. Pero, a la luz de la mañana, el sepulcro se encuentra vacío y Cristo se encuentra vivo y presente en la luz de un nuevo día.

Los soldados que vigilaban el sepulcro durante la noche no quitaron la piedra. Los discípulos que se habían escondido por temor en el aposento alto no quitaron la piedra. Las mujeres fieles que fueron al sepulcro aquella mañana no quitaron la piedra.

Para ellos, como para nosotros, era imposible remover la piedra del camino. Pero no es imposible para Dios. El profeta Ezequiel nos revela el deseo de Dios para nosotros; Dios nos dice: “Les daré un corazón nuevo y les infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de ustedes el corazón de piedra y les daré un corazón de carne” (Ez 36, 26).

En el santo tiempo de Pascua, que estemos atentos a nuestro entorno. Si nos encontramos sepultados bajo un alud de dudas y desesperación, con corazones endurecidos y la esperanza oscilando, no dudemos en invocar a Dios. Que podamos escuchar la voz de Dios, no endurecer nuestros corazones y

permitir que Dios elimine todas las barreras entre nosotros y el amanecer de un nuevo día de paz,  
alegría y amor.

¡Que Dios le bendiga a usted y a su familia con una feliz Pascua!